



ESCUELA DE CATEQUISTAS

DIÓCESIS DE ALCALÁ DE HENARES

FORMACIÓN PERMANENTE

LOS SACRAMENTOS DE LA INICIACIÓN CRISTIANA EN SU UNIDAD Y SU ORDEN

2º Encuentro

(Sábado, 10 de diciembre de 2016).

En el encuentro del mes de noviembre comenzamos con algunas cuestiones básicas sobre la iniciación cristiana, a modo de introducción. Es el primer tema de esta asignatura. Nos quedamos a la mitad. Vamos a recordar los asuntos que tratamos antes de continuar.

I. LA UNIDAD Y EL ORDEN DE LOS SACRAMENTOS DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

1. «La iniciación cristiana es la inserción de un candidato en el misterio de Cristo, muerto y resucitado, y en la Iglesia por medio de la fe y los sacramentos» (IC 19).

Esta es la primera afirmación importante: hacer cristianos, la iniciación cristiana, hacer a un hombre partícipe de la vida de Cristo y de la Iglesia es algo que se lleva a cabo a través de dos principios: la fe y los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía.

2. ¿Qué pinta la catequesis en esta relación entre fe y sacramentos? Pues que el fin de la catequesis es hacer que el hombre llegue a una viva, explícita y operante profesión de fe. Esta viva, explícita y operante profesión de fe es la meta de la catequesis y elemento interior de los sacramentos. Y citábamos el *Directorio General para la Catequesis*:

«La catequesis es elemento fundamental de la iniciación cristiana y está estrechamente vinculada a los sacramentos de la iniciación, especialmente al Bautismo, “sacramento de la fe”. El eslabón que une la catequesis con el Bautismo es la profesión de fe, que es, a un tiempo, elemento interior de este sacramento y meta de la catequesis. La finalidad de la acción catequética consiste precisamente en esto: propiciar una viva, explícita y operante profesión de fe» (DGC 66).

Por tanto, como servicio a la fe, la catequesis tiene un papel insustituible a la hora de hacer cristianos.

Aunque, en esta relación entre catequesis y liturgia de los sacramentos, quien manda es la liturgia. Ya explicamos por qué.

3. Los tres sacramentos, el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, forman una unidad entre ellos.

- Podríamos decir que los tres sacramentos de forma progresiva nos llevan a la comunión con Cristo. El Bautismo nos une a Cristo, el Hijo de Dios muerto y resucitado, y de esta unión resulta que el bautizado es redimido de sus pecados y se le concede una vida nueva. Por esta unión el bautizado se convierte en hijo de Dios, en templo del Espíritu Santo y en miembro de la Iglesia. La unión con Cristo le confiere todo esto. En la confirmación recibe el don del Espíritu Santo, que básicamente tiene en él dos efectos: le configura más con Cristo y le prepara a una mayor comunión con él (la que llegará en la Eucaristía, donde la persona misma de Cristo se le entregará por entero); y le hace capaz también de participar con Cristo en su misión, le fortalece para el testimonio cristiano.

4. De lo que estos sacramentos son se deduce su orden: el Bautismo es la puerta; la Confirmación conforma al cristiano para la plena comunión con Cristo en la misión y en la Eucaristía; y la Eucaristía alcanza el culmen de la iniciación cristiana, porque nos da al mismo Cristo, nuestro único bien ahora y para la eternidad. Y citábamos el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

«En efecto, los fieles renacidos en el Bautismo se fortalecen con el sacramento de la Confirmación y finalmente, son alimentados en la Eucaristía con el manjar de la vida eterna» (CCE 1212).

5. Por último, citábamos unas palabras del papa Benedicto XVI sobre la celebración eucarística en la Exhortación postsinodal *Sacramentum Caritatis* (2007), 17:

Puesto que la Eucaristía es verdaderamente fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia, el camino de Iniciación Cristiana tiene como punto de referencia la posibilidad de acceder a este sacramento. A este respecto, como han dicho los Padres sinodales, hemos de preguntarnos si en nuestras comunidades cristianas se percibe de manera suficiente el estrecho vínculo que hay entre el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. En efecto, nunca debemos olvidar que somos bautizados y confirmados en orden a la Eucaristía. Esto requiere el esfuerzo de favorecer en la acción pastoral una comprensión más unitaria del proceso de iniciación cristiana. El sacramento del Bautismo, mediante el cual nos configuramos con Cristo, nos incorporamos a la Iglesia y nos convertimos en hijos de Dios, es la puerta para todos los sacramentos. Con él se nos integra en el único Cuerpo de Cristo (cf. 1 Co 12,13), pueblo sacerdotal. Sin embargo, la participación en el Sacrificio eucarístico perfecciona en nosotros lo que nos ha sido dado en el Bautismo. Los dones del Espíritu se dan también para la edificación del Cuerpo de Cristo (cf. 1 Co 12) y para un mayor testimonio evangélico en el mundo. Así pues, la santísima Eucaristía lleva la Iniciación Cristiana a su plenitud y es como el centro y el fin de toda la vida sacramental .

Este texto afirma:

- El vínculo entre los tres sacramentos de la iniciación cristiana: son una unidad.
 - Su orden: están ordenados hacia la Eucaristía
 - La Eucaristía es vista como la plenitud, su fin.
 - Además, dice que se requiere un esfuerzo para que en la acción pastoral esta realidad teológica sea perceptible. Se ha de percibir en nuestra acción pastoral, en cómo ordenamos la catequesis y en cómo ordenamos la celebración de los sacramentos, la unidad intrínseca de los tres sacramentos y que la celebración eucarística es su plenitud.
6. A continuación vimos unas fotografías que mostraban la comprensión de la unidad y el orden de los sacramentos tal como ha quedado plasmada en la arquitectura de los lugares construidos para su celebración. Vimos fotografías del baptisterio de *san Giovanni* y de la catedral de *santa Maria del Fiore*, para terminar con la pintura del Cenáculo, del Convento de san Marcos, todo en Florencia. Bien, hasta aquí el primer punto que vimos sobre la unidad y el orden de los sacramentos de iniciación cristiana..

2. EL PUNTO DE PARTIDA DE LA PASTORAL PARA LA INICIACIÓN CRISTIANA: LA PRIMACÍA DE LA GRACIA

Partíamos de una afirmación del papa Juan Pablo II en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*: «Cristo es el fundamento absoluto de toda nuestra acción pastoral»¹. Y, a partir de esta afirmación, decíamos:

- **Que el impulso y la fuerza para poder llevar a cabo todo lo necesario para hacer cristianos no está en nosotros, sino en Cristo**, que después de vencer la muerte, nos da un mandato y con el mandato el poder del Espíritu Santo para llevarlo a término: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,18–20).
- **Que la eficacia de lo que hacemos obedeciendo su mandato, tampoco está en nosotros, sino en él**: «Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado –nos recuerda el Señor– decid: “Somos unos siervos inútiles. No hemos hecho más que lo que teníamos que hacer”» (Lc 17, 10). Sus sacramentos son eficaces, su palabra es eficaz y nuestra vida es fructífera si se mantiene en comunión con él. Por eso él es el único fundamento de nuestra acción pastoral.
- **Que no necesitamos inventar nada**. La única riqueza permanente de la Iglesia a lo largo de los siglos, lo único que tenemos, **lo único que podemos ofrecer es la misma persona de Cristo**. «Pedro y Juan subían al Templo para la oración de la hora nona. Había un hombre, cojo de nacimiento [.....]. Él les observaba, esperando recibir algo de ellos. Entonces Pedro le dijo: “No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, te lo doy: ¡En el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda!”» (Hch 3,1-6).
- **El contenido de nuestra enseñanza, de la catequesis, es Cristo; lo que la Iglesia ofrece en los sacramentos es a Cristo; y la vida que ofrece en su comunión, en la vida de comunión, no es otra que la vida de Cristo. Y lo que esperamos para la eternidad no tiene otro nombre que el de Cristo: «Cristo lo es todo para nosotros**», dirá san Ambrosio.
- **No hay nada más real que la obra de Cristo, esa es la única realidad definitiva**. La pastoral de la iniciación cristiana tiene sus dificultades. Esas dificultades están ahí y son bien reales. Pero es más real y más definitiva la obra

¹ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6 de enero de 2001), 15. A partir de ahora NMI

de Cristo, la obra que ha llevado a cabo el amor de Dios venciendo el pecado y la muerte, la obra de la redención del hombre es más real que todas las dificultades. Cuando este mundo pase con todas sus dificultades, la obra del amor de Dios seguirá ahí y ahí permanecerá para siempre: «El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán» (Mt 24,35).

- **Cristo ha vencido y su gracia lo puede todo.** Ella es más poderosa que todos los ídolos, que todas las ataduras que esclavizan a los hombres, más poderosa que todos los pecados y todas las resistencias, más fuerte que la muerte... Por eso hemos de fiarnos de ella, por eso hemos de dar la primacía a la gracia. Esta es la conclusión de este segundo punto que tratamos ya el otro día: en nuestros trabajos para hacer a los hombres cristianos, el punto de partida es que la gracia tiene la primera y la última palabra, la primacía de la gracia. Y unas palabras de Juan Pablo II nos ayudan a resumir esto:

«No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡Yo estoy con vosotros! No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste»².

Hasta aquí un resumen de lo que vimos en el primer encuentro

3. EL HORIZONTE DE LA INICIACIÓN CRISTIANA: LA VOCACIÓN UNIVERSAL A LA SANTIDAD

Si el fundamento de toda nuestra acción pastoral es Cristo, es decir, el Hijo de Dios que por nosotros y por nuestra salvación se ha hecho hombre y ha muerto y resucitado; si es su amor el que nos llama y nos urge, el que llama y urge al hombre; y si es su gracia el poder que nos impulsa, ¿podemos contentarnos con una vida personal mediocre o con una pastoral de mínimos? Las dos cosas van juntas: quien se contenta con una pastoral de mínimos, antes se ha contentado con una vida cristiana mediocre. Pero eso no se corresponde ni con el amor con el que el Dios vivo nos ama en Cristo, en su cruz, en la Eucaristía, ni con el poder de su gracia.

² NMI 29

Muy al contrario, Dios ha convocado al pueblo cristiano para la santidad. Nos llama a todos a la santidad. Y nuestro trabajo en la pastoral de la iniciación cristiana es posibilitar el inicio de un camino que lleve a la santidad. La santidad es la única respuesta adecuada a la obra de Cristo, la única correspondencia adecuada a su amor y la única respuesta que busca su gracia en nosotros. La iniciación cristiana debe poner los fundamentos de la santidad.

A modo de ejemplo valdría la pena traer aquí a todos aquellos que, sin terminar aún el proceso de la iniciación a la vida cristiana, han dado muestras de santidad: Santas Perpetua y Felicidad, por ejemplo, eran catecúmenas y antes de llegar a la fuente bautismal, alcanzaron la palma del martirio. San Martín de Tours era tan solo un catecúmeno cuando rasgó su capa para cubrir al desnudo, aunque su santidad se desarrolló después de su Bautismo. San Ambrosio, el gran obispo de Milán, el que bautizó a Agustín y a su hijo Adeodato, fue aclamado como obispo de Milán, por su vida santa, cuando solo era un catecúmeno.

Son solo ejemplos, para decir que la santidad es el horizonte de la iniciación cristiana. Por eso, como veremos al final de este punto, con palabras del papa Juan Pablo II, preguntar a un catecúmeno si quiere recibir el bautismo, significa preguntarle si quiere ser santo.

A. Pero vayamos por partes: ¿qué es la santidad? La santidad es, ante todo, un atributo divino, una cualidad propia del ser de Dios: «Yo soy el Santo en medio de ti», dice Dios en el profeta Oseas (Os 11,9). Él es el Santo, el tres veces santo, como proclama Isaías (Cf. Is 6,3), como retoma el Apocalipsis (Ap 4,8) y como canta la liturgia.

- «La santidad de Dios –dice el *Catecismo*– es el hogar inaccesible de su misterio eterno» (2809). Ahora, ¿a qué puede referirse el *Catecismo*? ¿Qué es eso del «hogar inaccesible de su misterio eterno»? Hogar hace referencia a la vida íntima y cotidiana, a lo que no se hace o se vive en la plaza pública, ni en un momento aislado, sino a la vida íntima y cotidiana.
- Y el misterio eterno de Dios, ¿cuál es? Pues, sin duda alguna, su ser Trinidad: Un Dios, tres personas, una comunión de amor. Cuando san Juan dice en su carta: «Dios es amor» (1 Jn 4,8) está hablando de este misterio eterno de Dios que es la Trinidad. Juan Pablo II decía que con esta afirmación, el apóstol amado llegaba a la cumbre del conocimiento bíblico de Dios. Pero pensemos bien en esto un momento. La afirmación «Dios es amor» no significa que Dios ame al hombre, aunque esto sea así. Lo que significa es que Dios es en sí mismo “amor”, esto es, donación de sí y acogida del don del otro. La Trinidad es comunión de amor, amor eterno y perfecto: la Trinidad es el Dios Uno, porque es una comunión perfecta del ser. La única diferencia entre las tres personas divinas es la relación que mantienen entre ellas y que no es otra cosa que la forma de su amor, la forma de su darse y recibir a las otras personas: el Padre que engendra al Hijo, el Hijo que es engendrado; el Padre y el Hijo que espiran el Espíritu Santo, el Espíritu Santo que

procede de ellos. No podemos pararnos ahora en la doctrina trinitaria, pero todo este lenguaje humano, “engendrar”, “engendrado”, “espirar”, “que procede”, no es otra cosa que la descripción de las relaciones amorosas de la Trinidad. Y decía: La Trinidad es Unidad porque es comunión perfecta en el ser; y la comunión perfecta es amor. Al tiempo, este Dios Uno es Trinidad de personas, porque sin esta “diferencia” personal no sería posible el amor. El amor, que es donación de sí al otro y acogida del otro, solo puede darse entre personas que son realmente distintas. Si en Dios no existiese esta única diferencia de las personas, san Juan mentiría al decir: «Dios es amor».

- Pues bien, este ser Uno y Trino, este ser amor es «el hogar inaccesible del misterio eterno de Dios», en esto consiste su «santidad», su perfección, su belleza infinita, su bien, su verdad, su felicidad.

B. Esta santidad contrasta con la pequeñez moral del hombre, su amor raquítico, por eso ante la manifestación de la santidad de Dios el hombre siente una distancia que le impide acercarse. Así, ante la manifestación de la visión de Dios tres veces santo, el profeta Isaías exclama: «¡Ay de mí. Estoy perdido, porque soy un hombre de labios impuros!» (Is 6,5). Y cuando Simón Pedro entrevé por el milagro de la pesca milagrosa el misterio de la presencia de Dios en Jesús, cae a sus pies en la barca y dice: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (Lc 5,8). Y cuando en el Apocalipsis Juan tiene la visión de Jesús revestido de la gloria divina dice: «Al verle, caí a sus pies como muerto» (Ap 1,17).

- **Sin embargo, aunque el hombre experimenta esta distancia entre él y Dios, no puede dejar de aspirar a acercarse a él y a contemplar su rostro y a gozar de su belleza. El hombre no deja de ser atraído por la santidad de Dios.** No puede dejar de aspirar a la compañía de Dios: «Muéstrame tu gloria», le dice Moisés a Dios (Ex 33,18). «Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo podré entrar a ver el rostro de Dios? » (Sal 42,3). «Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti y mi carne tiene ansia de ti» (Sal 63,2), canta el salmista y cantamos al amanecer del día de la resurrección, al amanecer del Domingo.
- **¿Por qué el hombre no deja de ser atraído por la santidad de Dios siendo él tan pequeño?** Porque Dios nos hizo para eso. Podríamos traer la cita de san Agustín: «Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti». Sorprendentemente, Dios nos creó para hacernos ver su rostro, para que le busquemos y le llamemos, para recibir su respuesta, para poder acoger su Palabra, para recibir su Espíritu y entrar en la relación eterna de la Trinidad. Porque nos hizo para él, experimentamos esa atracción hacia lo Santo, lo Bueno, lo Bello, lo Verdadero, que la distancia que también experimentamos por la herida del pecado original, por nuestros

pecados personales y por la pequeñez de nuestro ser –hechos del barro, hechos del limo de la tierra–, nunca puede acallar del todo.

- Dios **nos creó pequeños pero capaces de crecer** en nuestro propio ser, modelados por sus manos, por la obra del Hijo y del Espíritu Santo, y moldeados por nuestra propia libertad en diálogo con él. En el orden de la creación, somos el único ser capaz de crecer en el ser, el único ser capaz de elevarse en el orden que todas las cosas mantienen con respecto a su Creador, capaz de crecer en el ser y en el orden de la creación por encima incluso de los ángeles, hasta llegar a Dios.

San Ireneo de Lión expresaba esto de una forma bellísima:

Él con la Palabra confirió la existencia al universo entero; y en este universo hay también ángeles; y a este universo entero le dio leyes, ordenando que cada cual esté y permanezca en lo suyo, sin salirse de los límites decretados por Dios, cumpliendo cada uno el trabajo que le asignaron. Al hombre, sin embargo, lo plasmó Dios con sus propias manos... plasmado a imagen de Dios³.

Y sigue san Ireneo:

Habiendo, pues, constituido al hombre dueño de la tierra y de toda cosa que hay sobre ella, secretamente le constituyó también dueño de aquellos que en la tierra tienen el oficio de siervos. Sin embargo, estos, los ángeles, se hallaban en plenitud de su posibilidad, mientras que el dueño, esto es, el hombre, era aún pequeño, como niño, y debía crecer para llegar a la madurez⁴.

- **Sin embargo, el hombre, no puede «crecer» por sí, debía ser tomado por Dios.** No podía elevarse solo hasta alcanzar a Dios, no puede superar su propio ser hasta alcanzar su perfección, apoyado en sí mismo. Cuando él quiere apropiarse de la vida divina, decae, como ocurre en el pecado original. El hombre, que «debía crecer», solo puede hacerlo si el mismo Dios que lo ha formado a su imagen, concluye la obra y lo hace partícipe de su vida. Debe ser tomado por el mismo Dios y ser perfeccionado en su creación.

C. La santidad de Dios conquistada por Cristo para el hombre.

- El hombre debía «crecer» en su ser, pero él no podía hacerlo por sí mismo, sino que debía ser tomado por Dios y ser perfeccionado por él. Eso es exactamente **lo que Dios ha obrado por medio del Hijo hecho hombre**. Así la Redención ha llevado a plenitud la

³ SAN IRENEO DE LIÓN, *Epideixis* 10 - 11

⁴ *Ibid.*, 12

obra de la Creación. El Hijo se hizo hombre, tomó esta carne, débil pero capaz de Dios, y la perfeccionó hasta introducirla en el ser mismo de Dios con su resurrección.

- **Cristo resucitado es el nuevo Adán**, «el primogénito de entre los muertos», que inaugura una nueva vida para el hombre: la vida en Dios. En él la humanidad ha alcanzado la vida de Dios. Lo que Adán no pudo robar y apropiarse por sí mismo, lo ha conquistado Cristo obedeciendo hasta la muerte de cruz y resucitando. Cristo resucitado es el hombre introducido en la vida de Dios.
- Pero hay que precisar un poco más: ¿cómo participa la humanidad de Cristo de la vida de Dios? Según lo que le es propio a la Persona que ha asumido la humanidad y la ha llevado hasta la Trinidad. Es el Hijo quien se ha hecho hombre y quien ha perfeccionado y elevado su humanidad hasta hacerla partícipe del ser de Dios, la ha perfeccionado en la obediencia, que es la forma del amor filial. Así que esa humanidad entra en la vida trinitaria como la humanidad del Hijo eterno. Así es como la humanidad creada llega a participar de la vida trinitaria, del amor de la Trinidad, como la humanidad del Hijo. **La forma propia de la santidad del hombre es la filiación.**
- Dos primeras conclusiones: la santidad, que es un atributo de Dios, la vida dichosa del amor trinitario, ha llegado al hombre como un don; y nos es dada en la forma concreta de la filiación. El hombre ahora puede entrar en la vida divina como hijo, partícipe de la vida trinitaria que vive el Hijo eterno de Dios. Lo que era propio de Dios, ante lo cual el hombre sentía temor reverencial y a la vez una atracción que no podía eliminar de su corazón, que él no podía usurpar violentando la intimidad de Dios, ahora se le da como don. Expliquemos ahora cómo ese don de la vida nueva inaugurada por Cristo en su resurrección llega a nosotros en la Iglesia

D. La santidad de la humanidad de Cristo

- **La santidad del hombre es un don: Cristo que nos hace partícipes de la vida divina de su humanidad.** Cristo, que se ha hecho hombre tomando nuestra humanidad, nos ofrece, por la fe y los sacramentos, la gloria divina a la que él ha llevado esta humanidad. Alcanzar esta participación de la santidad de la humanidad de Cristo es nuestra única posible perfección, nuestra grandeza, nuestra belleza, nuestro bien, nuestra verdad, nuestra felicidad.
- **Y hemos dicho que esa vida divina de su humanidad es la propia del Hijo.** Ahora, si observamos el camino histórico del Hijo de Dios hecho hombre, desde que toma la naturaleza humana en el seno de María hasta que la introduce en el gloria del cielo, observaremos dos cosas: 1) Que **desde el principio, la humanidad que toma participa de la relación que el Hijo eterno tiene con el Padre**, entre otras cosas porque en Cristo hay una sola persona, el Hijo, la persona que siendo de naturaleza divina, toma como

propia, como realmente suya la naturaleza humana. 2) Que, a pesar de esta participación en la relación trinitaria de la naturaleza humana, **en su humanidad el Hijo experimenta** a lo largo de su vida **un proceso histórico de «crecimiento», un proceso de «perfeccionamiento»**, que va dando pasos a lo largo de su vida. Si esto no fuese así Cristo no habría tomado una verdadera naturaleza humana, porque una de las características de esta naturaleza es que necesita crecer en el tiempo. La naturaleza humana de Cristo crecerá, se perfeccionará en la unión indisoluble con la naturaleza divina del Hijo y con la unción del Espíritu Santo, hasta llegar a su meta: del seno de María hasta el seno de Dios.

Así vemos, por poner solo unos ejemplos, que san Lucas dice que en la sujeción de Jesús a sus padres, el niño crecía en estatura, sabiduría y en gracia (Cf. Lc 2,52). Vemos que en el Bautismo Jesús, que ya era el Ungido desde el seno de su Madre, recibe una nueva y significativa unción del Espíritu Santo al salir de las aguas del Jordán (Cf. Mc 1,10 p.). Vemos que al inaugurarse la Pasión san Juan dice que «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1), hay como un crecimiento en el amor, no puede ser un crecimiento en el amor divino del Hijo, que ama con perfección desde el primer instante hasta el último, pero sí puede ser la expresión de que la humanidad de Cristo se une cada vez más íntimamente al Verbo en su amor por el hombre. En el Huerto de los Olivos y en el Calvario, sobre todo, podemos ver cómo esta humanidad experimenta la resistencia ante el sufrimiento y ante la muerte («Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz» –Mt 26,39–; o «*Eli, Eli, ¿lemá sabachani?*» Es decir, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» –Mt 27,46–). Pero también allí, en el huerto de los Olivos y en el Calvario vemos anonadados cómo da sus últimos pasos en la obediencia filial, plegándose a la voluntad del Hijo, que no es otra que la obediencia a su Padre («Ahora mi alma está turbada; y ¿qué voy a decir?: “¿Padre, líbrame de esta hora?” ¡Pero si para esto he venido, a esta hora! ¡Padre, glorifica tu nombre!» –Jn 12,27-28– o «Después de esto, como Jesús sabía que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: “Tengo sed”. Había por allí un vaso lleno de vinagre. Sujetaron una esponja empapada en el vinagre a una caña de hisopo y se la acercaron a la boca. Jesús, cuando probó el vinagre, dijo: “Todo está cumplido”. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu» –Jn 19,28-29–). Son los últimos pasos en el cumplimiento de lo decretado por el Padre, los últimos pasos de la obediencia filial. Por eso leemos en la *Carta a los Hebreos* que era conveniente que el guía de nuestra salvación, es decir, Cristo, fuera perfeccionado (cf. Hb 2, 10). Pero el Hijo solo puede ser perfeccionado en su humanidad, no en su divinidad que es perfecta siempre. Y más adelante, en la misma carta, leemos que era necesario que el Hijo aprendiese sufriendo la obediencia y así alcanzase la perfección (Cf. Hb 5,7-9). El Hijo eterno solo podía aprender la obediencia en cuanto hombre,

porque el Hijo eterno ama con perfección al Padre desde el principio y una de las características propias del amor filial es la obediencia. Solo su humanidad era perceptible de ese aprendizaje de la obediencia y, con ella, del perfeccionamiento. La perfección de la humanidad de Cristo se ve aquí en contraposición al camino errado del primer Adán. Adán busca la perfección en la autonomía, en la independencia de Dios, desobedece para «robar» la vida divina y solo consigue decaer en su ser. La humanidad de Cristo, por el contrario, se perfecciona en la relación con Dios, en plegarse a la voluntad del Padre. El Hijo eterno lleva así su humanidad a la perfección del amor: a la perfección del amor filial en una obediencia hasta la muerte: «en tus manos pongo mi espíritu» (Lc 23,46); y en un amor sacrificial por el hombre: «este es mi cuerpo que se entrega por vosotros» (Lc 22,19). El Hijo de Dios consuma su unión con la naturaleza humana en la cruz: él la tomó del seno de la Virgen tal como fue creada, capaz de crecer, pero necesitada de ser tomada por las manos de Dios para llegar a su perfección. Y eso es lo que ha hecho: la ha tomado del seno de la Virgen y la ha llevado a su perfección a través del camino de la obediencia y del amor, hasta la cruz. Allí se ha realizado la máxima perfección de la humanidad de Cristo y por eso ha sido capaz de participar de la gloria de la resurrección.

Se entiende así lo que dice san Pablo en un versículo que es muy difícil de entender si no es en esta perspectiva: «nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder según el Espíritu de santificación por la resurrección de entre los muertos» (Rm 1,3-4). Jesús es el hijo de Dios desde el momento de su concepción, pero su humanidad ha alcanzado la perfecta gloria de la vida del Hijo en la resurrección, y lo ha hecho por el crecimiento y el perfeccionamiento con que las manos de Dios, el Hijo y el Espíritu Santo, han dado forma a esa humanidad hasta la cruz y la resurrección. Algo parecido vemos en un texto precioso de san Ignacio de Antioquía, mártir: «Hay un único médico, espiritual y corporal; corruptible e incorruptible; que en la carne llegó a ser Dios; en la muerte vida eterna; de María y de Dios; primero pasible y luego impasible. Jesucristo, nuestro Señor»⁵. San Ignacio no está pensando en que Cristo no era Dios hasta que no resucitó: está hablando de la humanidad de Cristo que pasa de la muerte a la vida, de la corrupción a la incorrupción, a la plena posesión de la vida eterna.

Repito lo que dije al principio de este punto. En el camino histórico del Hijo de Dios hecho hombre, desde que toma la naturaleza humana en el seno de María hasta que la introduce en la gloria del cielo, observaremos dos cosas: 1) Que desde el principio, la humanidad que toma, participa de la relación que el Hijo eterno tiene con el Padre; 2) que, a pesar de esta participación en la relación trinitaria de la naturaleza humana de la única persona del Hijo, en su humanidad el Hijo experimenta un proceso de

⁵ SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Efesios*, VII,2. (Ciudad Nueva. Madrid 1991) 173

«crecimiento», de «perfeccionamiento», hasta alcanzar la perfección de la gloria divina, desde el seno de María hasta el seno de Dios.

He querido pararme aquí porque el proceso de perfeccionamiento de la humanidad de Cristo es análogo al proceso de la santidad de nuestra humanidad a partir de la iniciación cristiana. Y si no se comprende el camino de Cristo, difícilmente se entenderá en qué consiste el camino de nuestra santificación y la relación fundamental que tiene con él la iniciación cristiana.

E. La santidad que Cristo da al hombre en la Iglesia

- **La santidad que Cristo ha conquistado llega como don suyo al hombre en la Iglesia.** Tendríamos que decir dos cosas de este don dado por Cristo a su Iglesia: primero, que es justamente eso, un don ya dado, ya otorgado; segundo, que es un don que debemos desarrollar, desde el seno de la Virgen-Iglesia hasta el seno de Dios. Ese es nuestro camino, análogo al camino histórico de Cristo: del seno de la Virgen-María al seno de Dios.
- Que es **un don ya dado a la Iglesia** lo expresa san Pablo con la imagen de los desposorios, con estas bellísimas palabras: «Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla, purificándola mediante el baño del agua y por la palabra, para mostrarla ante sí mismo resplandeciente, sin mancha, ni arruga o cosa parecida, sino santa e inmaculada» (Ef 5,25b-27). Cristo esposo ha purificado a su esposa con su propio sacrificio, del que la Iglesia entera se beneficia en el Bautismo, «el baño del agua por la palabra». Esto no es una teoría, es lo que Cristo ha hecho, lo que hace, lo que nos ha dado, lo que nos da. Y como no es una teoría, san Pablo no concluye con la afirmación de que Cristo ha santificado a su Iglesia, sino que continúa, y alcanza también lo más concreto de la vida de los cristianos, hasta exigir a los cristianos de Éfeso —a los que se dirige, que solo falta llamarlos por sus nombres— que sean santos; en este caso en su matrimonio, pidiendo a los maridos que amen a sus mujeres como Cristo amó a la Iglesia, es decir: de una vez para siempre, totalmente, con un amor de exclusividad, sin ahorrarse nada. En este pasaje de san Pablo se ve que la santidad de la Iglesia es un don ya dado por Cristo: él se ha entregado por la Iglesia para santificarla, purificándola y colocándola ante sí resplandeciente, sin mancha ni arruga. Ahora, de este don ya dado, se desprende también una exigencia, que es el desarrollo de este don. Y eso es algo muy concreto: afecta a cada miembro de la Iglesia, en su estado propio y tiene como itinerario la entrega de sí en el amor.

- «Así deben los maridos amar a sus mujeres, como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, pues nadie aborrece nunca su propia carne, sino que la alimenta y la cuida, como Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo» (Ef 5,28–30). De esta forma, siguiendo las palabras del Apóstol, hemos pasado de entender cómo el don de la santidad es también una exigencia moral bien concreta para cada cristiano, un don que debemos desarrollar por el camino de la obediencia hasta la perfección filial, hasta la santidad. El Concilio Vaticano II puso en primer plano esta vocación universal a la santidad. Y cuando lo hacía no quería darle una especie de tono espiritual, sino que mostraba la verdadera grandeza de la vocación cristiana y del don que realmente ha recibido y da vida a la Iglesia. La Iglesia ha recibido el don objetivo de la santidad. Este don objetivo tiene un dinamismo que reclama la libertad de cada uno para que llegue a ser también una santidad de cada cristiano. Dice el Vaticano II en la Constitución dogmática *Lumen Gentium*:

«Este don de santidad, por así decir, objetiva, se da a cada bautizado. Pero el don se plasma a su vez en un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: “Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1 Ts 4,3). Es un compromiso que no afecta solo a algunos cristianos: “Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor” » (LG 40).

El don objetivo de la santidad tiene como dinámica la santificación de los fieles. Y desde luego, se desarrolla como un camino progresivo, como el de la humanidad de Cristo. Un camino en el que se aprende a ser hijo, en el que se aprende a recibirlo todo del Padre, en el que se aprende la obediencia filial, y que llega hasta el sacrificio de la propia vida, hasta la donación de sí mismo, hasta la participación en el amor perfecto de Cristo. Un camino que está marcado por la cruz.

F. Para concluir

- Ahora, podemos preguntarnos si es práctico todo esto. **¿Es práctico que digamos que este es el horizonte de la pastoral de la iniciación cristiana?** ¿Sirve de algo? Yo os devolvería la pregunta: ¿es práctico o no es práctico saber la meta a la que uno se dirige cuando, por ejemplo, coge el coche? Esta es la respuesta: no hay nada más práctico que saber la meta de lo que uno hace, que conocer el punto de llegada al que uno se dirige.

Quiero iluminar este asunto que tanto nos preocupa, sobre lo que es o no es práctico, con unas palabras de la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, de Juan Pablo II :

«En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el

ESCUELA DE CATEQUISTAS

Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, “¿quieres recibir el Bautismo?”, significa al mismo tiempo preguntarle, “¿quieres ser santo?” Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5,48)».

N.M.I. 31

- En el recorrido que hemos hecho sobre la santidad a la que Cristo lleva su propia humanidad están las claves para entender lo que es la iniciación cristiana y el dinamismo que encierra en sí y que nos hace tender a la santidad plena.